



**Ensayo escrito por: Andrés Isaac Santana**  
**Critico de arte, ensayista y curador**

Madrid, 26.07.20

Fábio Baroli (Brasil 1981), es un pintor excepcional, pero, más allá de esta evidencia, rastreable en la fisicidad de sus obras, es un artista contemporáneo en toda regla. El oficio de la pintura le es materia fácil; lo mismo que hacer de esta un dispositivo de acento performático y de puesta en escena bastante singular. Su obra no se reduce solo al hecho pictórico, sino que asume la pintura como dramaturgia, como narrativa, como ejercicio de interpelación y de provocación.

Bastaría con echar una mirada a su web site para advertir la polivalencia, la ductilidad y el espesor de su obra pictórica. Existe en ella algo que me fascina: su inequívoca facultad de devenir en texto de antropología cultural/circunstancial. Baroli es un observador agudo y audaz. Pesquisa el mundo de afuera, la realidad que habita en los límites del ojo con el fin, primer y último, de enunciar un comentario crítico sobre los órdenes narrativos de ese mismo régimen de visualidad y de corporalidad.

Toda su obra anterior se convierte en una suerte de mecanismo retórico de auscultación enfática en los tonos y en los matices de las escenas cotidianas y de toda esa narración que resulta de las epifanías barrocas de un contexto multicultural (y a todas luces complejo) como el brasileño. Destaca en ella la gracia del erotismo de la proximidad, la elocuencia de la mirada promiscua y el paradigma de la intersección.

Nunca antes fueron tan oportunas las ideas del palimpsesto y del retozo díscolo como lo son ahora en esta cercanía -premeditada y sediciosa- a la pintura de Fabio. El cuerpo central de ésta suda, vaporiza, revela la densidad de un tiempo cubista y polifónico en el que habitan los principios interruptus de la modernidad en diálogo permanente con los impulsos emancipatorios de lo tradicional y de lo vernáculo.